

De aliados a rémoras, de socios a contrincantes

El regreso a Westfalia de la Administración Trump

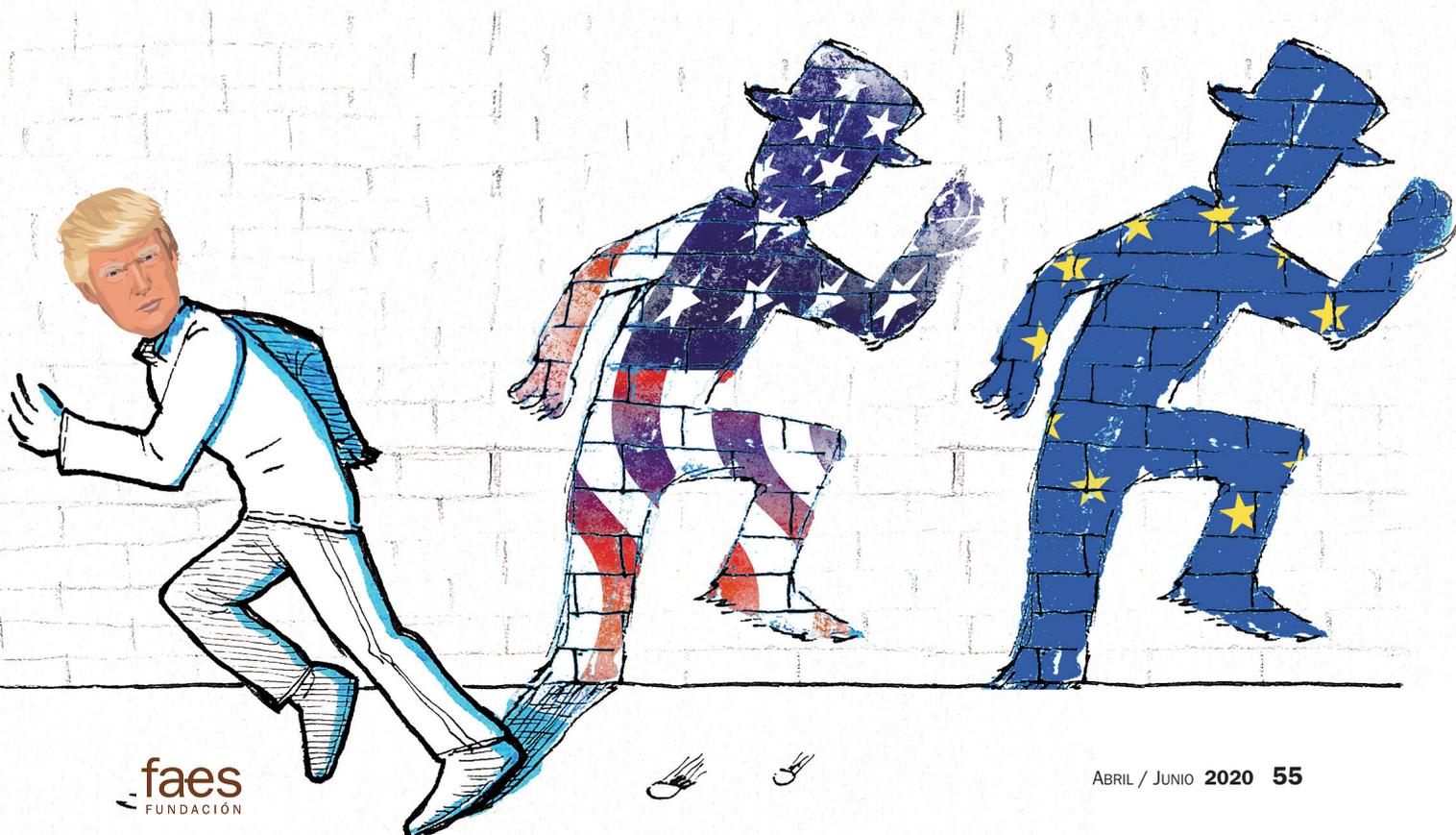
Las **relaciones bilaterales** que **España** mantiene con **EE. UU.** son tan tupidas como positivas. Estas relaciones, sin embargo, se ven **afectadas por la cosmovisión del actual inquilino de la Casa Blanca**. Comprender esta mentalidad y cómo afecta a las relaciones internacionales permite diseñar una estrategia para **reforzar los provechosos vínculos que unen a ambos países**.

“Seremos una ciudad sobre una colina; el mundo entero se fijará en nosotros”
Reverendo **John Winthrop**
(1588-1649). Massachusetts.

“A uamba buluba balam bambú!”
Richard Wayne Penniman
(Macon, Georgia, 1932), más conocido como *Little Richard*

JOSÉ BARROS
Periodista y consultor de comunicación política

La Administración Trump, en su enfoque internacional, parte de varios supuestos subjetivos. El primero sería que la desaparición del orden bipolar posterior a la caída de la URSS ha consolidado de tal modo a una única hiperpotencia, global y de-



mocrática –los EE. UU.–, que haría innecesario preservar –a juicio de Donald Trump– el gran equilibrio internacional emergido tras la Segunda Guerra Mundial; equilibrio que los propios EE. UU. contribuyeron a crear con los Acuerdos de Libre Comercio de Bretton Woods (1944) y el Tratado del Atlántico Norte (1949).

Ahora bien, los actuales equilibrios, a juicio de la administración norteamericana, serían insuficientes para hacer frente a dos dictaduras: la china, que aspira a liderar el mundo en 2049, primer centenario del triunfo de la revolución de Mao; y la iraní, cuyo régimen busca el arma nuclear para amenazar a Israel y extender el integrismo chiita por el universo musulmán.

El segundo supuesto subjetivo conjetura que el resto de los países del mundo obtienen ventajas desequilibradas de su relación con EE. UU., que hacen de la potencia estadounidense una suerte de víctima. Dicho argumento –intuitivo para el votante medio y poco veraz– tiene enorme fuerza movilizadora.

Esta lógica encontraría su confirmación en la utilización de la libertad de comercio por una creciente China, que inunda el mercado norteamericano con productos de bajo precio o de alta calidad sin cumplir con los estándares fiscales, sociales y

En su razonamiento, unos Estados Unidos más nacionalistas costean el caro paraguas de la defensa occidental, mientras una Unión Europea más multilateralista logra saneados beneficios económicos sin asumir la parte de la seguridad común que le corresponde

financieros que sí asumen los productores estadounidenses. En cuanto a la Unión Europea, la clave de su superávit comercial con EE. UU. se encontraría en las subvenciones que reciben sus empresas, mientras que los Estados europeos no asumirían –entre otras cosas– el elevado coste de la defensa común.

En este momento del razonamiento se produce el nudo: unos Estados Unidos más nacionalistas costean el caro paraguas de la defensa occidental, mientras una Unión Europea más multilateralista logra saneados beneficios económicos sin asumir la parte de la seguridad común que le corresponde. Alemania surge a ojos de la Casa Blanca como la quintaesenciaria de esta dinámica, pues compra energía a Rusia y exporta a los EE. UU.

DIVIDE Y VENCERÁS, O NO

En resumen, los aliados supondrían en el plano de la defensa una onerosa rémora para las iniciativas que el Gobierno estadounidense necesita tomar de forma expeditiva; y a nivel económico los socios comerciales pasarían a ser vistos como insolidarios contrincentos. Estas percepciones –insistimos: subjetivas y además de escaso fondo– abren paso, sin embargo, a una estrategia operativa: el *divide y vencerás* de aquellos que han sido escogidos como antagonistas sin querer serlo.

Veamos algunos de los efectos que, en la realidad política cotidiana, acarrea la actual estrategia washingtoniana: la felicitación a Boris Johnson por el Brexit, el olvido de la Unión para tratar uno a uno con los Estados europeos o la insistencia en la insuficiente contribución –en lo cual tiene cierta razón– de los demás miembros de la OTAN, salvo quizás Reino Unido.

De todo este planteamiento emerge un pensamiento subyacente, marcado por la suspicacia, el unilateralismo y la carencia de precisión. Así, las organizaciones internacionales supondrían un trampantojo para ocultar la debilidad, la irresponsabilidad y/o el antiamericanismo de sus miembros.

Este planteamiento conduce a la conclusión de que la era de los organismos internacionales ha terminado para volver a un mundo donde los Estados-nación supongan la máxima instancia política. Aquí se produce la paradoja de que EE. UU. colabora en el resquebrajamiento del orden internacional que tras la II Guerra Mundial contribuyó a edificar.

Quizás en este punto sea donde observemos con mayor claridad las contradicciones internas de la Administración Trump; y es que, por un lado, exige a sus socios mayor colaboración con los EE. UU., pero, al mismo tiempo, desconfía de sus propios aliados, cuestiona su compromiso con los valores de la democracia y del Estado de Derecho y menoscaba aquellos organismos internacionales que precisamente existen para articular esa colaboración.

EL ORDEN LIBERAL CUESTIONADO DESDE DENTRO

Estas contradicciones revelan la ausencia de planteamientos articulados. La minusvaloración del papel de la OTAN significa que la actual Casa Blanca no percibe que la Alianza garantiza la seguridad de las democracias europeas en todo su frente oriental, tanto a nivel continental como marítimo, lo que permite a EE. UU. concentrar sus fuerzas sobre otras regiones del planeta más calientes.



La Administración Trump exige a sus socios mayor colaboración con los EE. UU., pero, al mismo tiempo, desconfía de sus propios aliados, cuestiona su compromiso con los valores de la democracia y del Estado de Derecho y menoscaba los organismos internacionales necesarios para articular esa colaboración

Otro tanto puede decirse del orden económico. Si bien EE. UU. no logra beneficios en alguna balanza comercial concreta, el sistema en su conjunto enriquece a todos los socios; y, en primer lugar, a los propios EE. UU. Su inversión militar luego la rentabiliza con creces. Incluso desde el punto de vista utilitario, a EE. UU. le interesa preservar el Orden Liberal a nivel internacional.

Cuestión aparte, cierto, es China cuando asume algunos aspectos limitados del liberalismo económico, pero no los Derechos Hu-

manos, la libertad política o las obligaciones sindicales, sociales y salariales de Occidente. De hecho, el antiguo Imperio del Centro a medio plazo puede suponer una seria amenaza al Orden Liberal. Quizás en la cuestión china resulte más acertada la política internacional de Donald Trump.

Pero el caso es que la reserva –incluso la suspicacia– entre tradicionales socios se convierte en la actitud dominante desde el momento en que la actual administración norteamericana impone aranceles al acero y el aluminio europeo o a las aceitunas negras españolas.

Fruto de esta actitud comienzan a emerger discrepancias sobre un amplio abanico de cuestiones: el posible aumento del 25% de las tasas a los vehículos importados a EE. UU., los desacuerdos en materias que afectan al comercio, la energía, el cambio climático o el control de inmigración o los sorprendentes recelos de EE. UU. hacia la Política Europea Común de Seguridad y Defensa. La disparidad también se extiende sobre asuntos internacionales de gran calado; véase el acuerdo nuclear con Irán, la simpatía del presidente estadounidense hacia la Rusia de Putin o la relativa tolerancia europea con respecto a China.

¿Cómo afecta esa visión del mundo asumida por la Administración Trump a nuestro país, España? La pregunta no es ociosa porque esta mentalidad, como hemos visto, lejos de suponer un mero planteamiento teórico, tiene consecuencias prácticas en las relaciones internacionales. Por de pronto, la opi-

nión pública española percibe la disparidad entre Washington y la Unión Europea; una disparidad que también afecta a otras organizaciones como la OMC, la ONU e incluso la misma OTAN.

EL RESURGIR DE LOS GRANDES ESPACIOS GEOPOLÍTICOS

El Gobierno de España, sea el que sea, no debe dejarse afectar por esta dinámica de suspicacia; y no debe hacerlo para proteger la importancia del vínculo transatlántico, que está por encima de cualquier Administración norteamericana. Desde luego, la mutua confianza entre socios en Europa también resulta capital para que el proyecto europeo continúe avanzando. Un ejemplo en sentido inverso –pero muy aleccionador– se da en el Brexit.

China asume algunos aspectos limitados del liberalismo económico, pero no los Derechos Humanos, la libertad política o las obligaciones sindicales, sociales y salariales de Occidente. A medio plazo puede suponer una seria amenaza al Orden Liberal



Las leyes universales –y los organismos internacionales que las articulan– son las que permiten el diálogo franco dentro del mundo libre y afrontar el reto que supone la emergencia de los ya mencionados grandes espacios autocráticos

Los desacuerdos dentro del seno de la Alianza nunca deben pasar de la anécdota a la categoría. En el pasado se han producido discrepancias de envergadura entre los socios –crisis de Suez de 1956, retirada de Francia en 1966 del mando militar integrado, guerra de Irak de 2003–, y ello no fue óbice para que la OTAN en cuanto tal siguiera funcionando. Desde luego nunca había sucedido que el principal aliado –EE. UU.– cuestionara la utilidad de la Alianza, pero la emergencia de China, aunada con su creciente coalición con Rusia, países ambos que no tienen ningún interés en evolucionar hacia la democracia liberal, actualiza la necesidad de la OTAN en el siglo XXI.

En una época en la que comienzan a emerger de nuevo grandes espacios geopolíticos de corte autocrático, no resulta sensato regresar al Estado nación como paradigma político; los Estados nación clásicos –ni siquiera uno del tamaño de EE. UU.– son incapaces de gestionar desafíos globales de semejante envergadura.

En cuanto a la apuesta ideológica por los modelos identitarios, sean estos de sesgo étnico, religioso o cultural-lingüístico, solo cabe señalar que los particularismos –además de atentar contra la dignidad común a todos los seres humanos– conducen tarde o tem-

prano a la fragmentación y a la confrontación; conducen, en definitiva, a la debilidad. La civilización occidental –empezando por Grecia y Roma, pasando por el aporte judío y cristiano y llegando hasta la Ilustración y la democracia liberal– siempre ha apostado a la hora de regirse por los principios universales.

La apuesta universalista ahora tiene que reforzarse de cara al futuro. Las leyes universales –y los organismos internacionales que las articulan– son las que permiten el diálogo franco dentro del mundo libre y, a su vez, propician la colaboración para afrontar el reto que supone la emergencia en Eurasia de los ya mencionados grandes espacios autocráticos.

LO LLAMAN MULTILATERALISMO, CUANDO QUIEREN DECIR UNILATERALISMO ALTERNATIVO

Pensemos que el supuesto multilateralismo que pregona China, en realidad, es un intervalo estratégico para ganar tiempo en favor de su propio sistema, que no tiene nada de democrático. El unilateralismo norteamericano no resulta eficaz para evitar que logre su objetivo una dictadura –mitad nacionalista, mitad comunista– de 1.400 millones de habitantes, que ya supone el 16,5% de la economía mundial.

El mejor recurso, por el contrario, será reforzar la mutua colaboración entre los socios internacionales a través de distintos organismos –políticos y militares– establecidos a tal efecto; y promover los oportunos cambios para que los países donde no se respeta la libertad ni los Derechos Humanos pasen, por el bien de su propia población, a hacerlo. Difícilmente pueden participar en el armonioso concierto de las naciones aquellos Estados





Un país de la envergadura de China está escogiendo a EE. UU. como enemigo; hostilidad que Donald Trump percibe. Pero él, a su vez, no parece escoger con juicio a sus amigos: Rusia no lo es y la Unión Europea no quiere dejar de serlo

donde ni siquiera existe la confianza más básica de los gobernantes con su población.

Entre Estados Unidos y España fluye de manera natural una mutua simpatía que trasciende la coyuntura política. Tenemos además innumerables intereses compartidos en una relación que, en el caso de nuestro país, resulta muy importante para nuestro propio progreso. A ello se suma la creciente presencia política, económica y cultural de España en los EE. UU.; una presencia que convendría reforzar con una estrategia a largo plazo.

PALABRAS CLAVE

EE. UU. ● EE.UU. ● Administración Trump ● Unión Europea ● OTAN ● China ● Rusia ● Geoestrategia ● Orden Liberal ● Unilateralismo ● Multilateralismo

Un país de la envergadura de China está escogiendo a EE. UU. como enemigo; hostilidad que Donald Trump percibe. Pero él, a su vez, no parece escoger con juicio a sus amigos: Rusia no lo es y la Unión Europea no quiere dejar de serlo. Por muy fuerte que uno sea, la soledad y el desafío generalizado no ayuda a preservar el orden que nos ha donado la libertad; esta actitud menos aún conduce a buen puerto. ■

BIBLIOGRAFÍA

Bergmann, Max (2019): *Europe Is Back*. Foreign Policy. 17 de marzo.

Delegation of the European Union to the United States. Washington, District of Columbia.

Ewing, Jack (2020): *New E.U. Trade Chief on a Quest to Fix Relations With the U.S.* The New York Times. 13 de enero.

Kissinger, Henry (2010): *Diplomacia*. Ediciones B.

Parlamento Europeo (2019): *Negociaciones comerciales entre la UE y EEUU: el PE protege los intereses clave*. 14 de marzo.

Smith, Julianne (2019): *The EU-US relationship is in crisis*. The German Times. Marzo.

United States Census Bureau (2020): "Trade in Goods with European Union"